

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentiori civitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 10 rs. al mes y 30 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 34 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 25 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

La política francesa interior y exterior ha tomado un nuevo y al parecer decisivo rumbo, y el cual indica con bastante claridad el cambio que ha puesto al marques de la Lavalette al frente del ministerio de lo Interior, ó sea de la Gobernación de aquel país.

El marques, como ministro, sólo será instrumento en manos de Napoleón III; pero este instrumento ha sido en Roma probado de manera que su elección equivale al soplo mayor que desde el año 1861 acá han descargado los pulmones imperiales sobre la vena de San Miguel.

Recordando vaticinios hechos por algunos diarios bonapartistas, y especialmente por la *Presse*, cuando anunciada por Napoleón III la idea del Congreso europeo, tomó pie dicho periódico en este anuncio para hacerlo de la guerra entre pueblos y Soberanos, de hoy más nos parece que en toda Europa ha de ser árdua tarea para los periodistas distinguir si deben tratar en la sección extranjera ó en la interior los sucesos políticos de Francia.

Nosotros, y salvo mejor acuerdo, hemos optado en el presente número por hablar un poco de ellos en las dos secciones.

En esta, suponiendo que nuestros lectores tienen los informes necesarios para juzgar con acierto respecto á la significación del nombramiento de Lavalette en las relaciones de la política francesa con la Santa Sede, vamos á consignar las apreciaciones que emiten dos periódicos franceses, el *Monde*, católico sin adjetivo, y la *France*, bonapartista y católico sincero, al dar la noticia de dicho cambio.

Dice la *France*: «El *Moniteur* anuncia el reemplazo de Mr. Boudet, ministro de lo Interior, por el marques de Lavalette. Sucesos es este que se anunciaba hace días, dando origen á numerosos comentarios.

Por nuestra parte creemos que es necesario no desconocer ni exagerar su trascendencia.»

El *Monde*, advertido dos días antes por el señor Boudet, ministro reemplazado, habla de su reemplazo en los siguientes términos:

«Mr. Boudet ha sido sustituido en el ministerio de lo Interior por Mr. Lavalette, embajador que fué de Francia en Roma. Este cambio brusco, en las actuales circunstancias, es uno de los síntomas de la situación. Se acelerará el cumplimiento del tratado de 15 de Setiembre; si bien el plazo de dos años que aun permanece incólume, se ofrece como la última garantía.

«Creemos que los periódicos enemigos de la Santa Sede se engañan si esperan que nuestras tropas abandonen desde luego á Roma. Lo imprevisible sólo comenzará dentro de dos años, y aun para entonces todavía nos hemos reservado nuestra libertad de acción.»

No participamos de esta esperanza á que el *Monde* se acoge, aunque, á Dios gracias, la tenemos: ilimitada en que dentro de dos años podrá la Santa Sede pasarse sin la amarga y dañina protección que hoy le dan las armas francesas. Tampoco creemos que lo imprevisible aguarde dos años para presentarse. Lo imprevisible en nuestro juicio ha comenzado con la elección de Lavalette; pero aquí viene que ni de molde el proverbio de que «al freir será el reir.»

Por de pronto, entre lo imprevisible debe ser contado que en tan pocos días como median desde que los voceros y ministros de Bonaparte, daban á los senadores noticias del tratado franco-sardo hasta la fecha, hayan perdido aun su escaso valor las protestas oficiales que el Senado oyó favorables á la Soberanía del Romano Pontífice; pues Rouher, Lagueronnière y demás protestantes de su especie, en la actualidad deben de haber perdido voz y voto en los consejos de la familia.

Tampoco se podía prever que hoy, hasta las dos únicas sesiones invertidas por el Cuerpo legislativo en el examen de la contestación al discurso de 13 de Febrero, y de las cuales traen la última los periódicos franceses, sólo ofrezcan un interés muy relativo; pues si el Imperio ha echado por el atajo que indica el nombramiento de Lavalette, y por el cual se asegura que ha continuado dando la licencia absoluta á Drouyn de Lhuiss, Rouher y demás ministros de la escuela conciliadora, el diputado católico Plichon habrá recibido explicaciones muy claras, y el parlamentario Thiers, y Olivier, demócrata sentimental de guante amarillo, han de estar contemplando en perspectiva una libertad tan liberal, que no ya á la democracia, sino á la demagogia socialista han de ver coronada en Francia, aun cuando sea por poco tiempo y con gran riesgo de la corona que la ciñan.

De lo imprevisible, pues, hemos comenzado á gustar, y harto será que pase la primavera sin que sobre Europa venga algo que, por lo gordo, de improviso coja aun á los más precavidos. Una cosa hay, sin embargo, que nunca cojerá

desprevenidos á los católicos, y es la victoria que Dios guarda á su Iglesia. Esta victoria es más cierta cuando aparece más dudosa; y cuando los espíritus rebeldes ó medrosos la conceptúan más remota, está ya á la vista.

TELEGRAMAS.

FRANCE, 30.

Acaba de hacerse por el Hannover una proposición tan embarazosa para el Gabinete de Viena como para el de Berlín.

El Gobierno de Hannover aconseja, como la mejor solución que puede darse á la cuestión de los Ducados, que Austria tome posesión de una parte de los territorios cedidos por el Rey de Dinamarca, sin perjuicio de ulterior acuerdo sobre este particular.

PARIS, 31.

La sesión de ayer en la Cámara de diputados ha sido tumultuosa, á consecuencia de un discurso de J. Favre.

LOEM, 31.

El periódico el *Memorial Diplomatique* publica noticias interesantes relativas á las nuevas negociaciones que se han entablado con el objeto de poner término á la guerra desastrosa que aflige á los Estados Unidos. Las bases para una reconciliación entre los Estados del Norte y los del Sur, que parecen admitidas en principio por las dos partes beligerantes, son:

1.ª La abolición de la esclavitud.
2.ª Un convenio teniendo por objeto el reconocimiento de los derechos formales de los varios Estados.
3.ª Una modificación del sistema electoral usado para la elección del presidente.

El correo de Méjico señala una brillante victoria ganada por los franceses en Tuzpan sobre los mejicanos. Estos últimos han perdido 200 hombres.

PARIS, 31.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 francés, á 67-45, y el 4 1/2 á 95-00: los españoles no se cotizaban.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 1.º DE ABRIL DE 1865.

Con sardónica risa acogió un diario conservador el alerta que, pocos días há, nos pareció oportuno dar á nuestros lectores, asegurándoles que desde el comienzo de la ya entrada primavera, no había hora segura, ni para el orden interior de la mayor parte de los Estados europeos, ni para esta recíproca situación de todos ellos que se llama *de paz*, no porque en realidad lo sea, sino por el mero hecho de no ser guerra declarada.

Hoy repetimos que los sucesos se precipitan, y lo repetimos con la seguridad de que ya nadie se reirá de nuestro aserto.

Efectivamente, desde antes de anoche circulan en Madrid rumores graves sobre la situación política del vecino Imperio, y ayer han tomado una consistencia de que ya hoy se hacen eco los diarios de la corte. Nosotros, con la sobriedad de quien no quiere decir sino lo que ciertamente sabe, y con la prudencia necesaria en asunto de tamaño porte, compendiamos aquí las noticias recibidas.

Desde las últimas entrevistas del Padre Santo con el embajador francés en Roma, ya podía presumirse que el Gobierno de Napoleón III había resuelto apremiar á la Santa Sede para que escogiese entre avenirse con la revolución ó ver consumado el intento final de la misma. La forma de este apremio ha sido amenazar al Papa con ejecutar desde luego el convenio de 15 de Setiembre, ó, lo que es igual, retirar de Roma la guarnición francesa, dando esta retirada como señal de permiso á la violencia revolucionaria para rematar el gran crimen.

A esta amenaza, el Vicario de Jesucristo ha respondido la frase hoy tan conocida de Pío IX al Sr. de Sartiges: «Retirad cuando os plazca vuestras tropas; pero no reiteréis ya las amenazas;»—es decir: «Hoy como siempre, San Pedro está dispuesto á morir por la verdad, y ninguna fuerza es capaz de hacerle transigir con la mentira. Lo que habeis, pues, de hacer, hacelo cuanto antes.»

Y en efecto, ya comenzó la ejecución del designio. Su primera señal ha sido el inesperado nombramiento de ministro del Interior, hecho en la persona del Sr. Lavalette, cuyas hazañas durante el tiempo que fué embajador de Francia en Roma acaban de ser denunciadas por su mismo secretario en aquel entonces, el marques de Bellune.

Noticioso sin duda de este nombramiento el demagogo Jules Favre, comenzó á pronunciar antes de ayer en el Cuerpo Legislativo un discurso, de cuyo tenor no tenemos aun pormenores, pero del cual se sabe haber sido tan violento, que obligó al presidente de la Cámara, Sr. Schneider, á llamarle al orden. De resultados el orador, haciendo una dramática protesta, renunció á seguir hablando.—El presidente re-

cibió de altos lugares una reprimenda por su digna conducta, y dimitió su cargo.

Esta suma de hechos tiene en el colmo de la alegría á los amigos y comensales del famoso Príncipe Napoleón Gerónimo, recién nombrado por su augusto primo presidente del Consejo de Estado. Al mismo tiempo se asegura que su majestad la Emperatriz se ha encerrado en su Cámara, después de haber hecho, compesado, como madre, como católica y como Princesa, cuantas gestiones la ha inspirado su corazón.

Tales son (muy sóbriamente contados, repetimos) los hechos llegados á nuestra noticia por muy seguro conducto. Nada más acerca de ellos, y con igual sobriedad indiquemos sus probables inmediatas consecuencias, sólo en cuanto dicen relación á los deberes de nuestra España.

La revolución ha de crear, no sin motivo, llegada su hora de apoderarse de la capital del orbe católico, y el Sumo Pontífice pudiera ser en breve un proscrito. Este supuesto nada tiene de caviloso; pero por lo mismo, confiamos que el Gobierno de S. M. se apresurará á ofrecer al Padre Santo, no sólo un asilo en España, sino todos los medios de que pueda trasladarse á él digna y seguramente cuando quiera que, por desgracia, fuere necesario.

No decimos que este sólo sea el deber de España para con el Sumo Pontífice: nos limitamos á indicar el que no puede menos de cumplir sin demora.

En segundo lugar, dejamos al sentido común y á la más vulgar prevision del Gobierno el pensar si es posible que, una vez inaugurada en Francia la política de agresión necesariamente incubada en los hechos que dejamos referidos, la revolución cosmopolita no ponga cuantos medios estén á su alcance para nivelar la situación política de España con la que sin duda querrá, y necesariamente sacará triunfante en todo el Occidente de Europa.

Y una de dos: ó esta eventualidad es mero antojo de una imaginación cavilosa, ó es uno de aquellos sucesos que la política menos previsora debe contar muy privilegiadamente en el cálculo de las probabilidades: Si es lo primero, bastará al Gobierno español aquella suma de precauciones normales y ordinarias á que, en virtud de su cargo mismo, está obligado todo Gobierno. Pero si es lo segundo, evidentemente surge en la política española un problema que consta de tres términos, á saber:

Primero.—O España se deja indolentemente llevar de la revolución cosmopolita; y en este caso, ni en su régimen interior ni en sus relaciones internacionales necesita hacer modificación alguna;

Segundo.—O España resuelve desde ahora mismo resistir á la revolución cosmopolita; y en este caso es evidente que el Gobierno ha menester de una vigilancia extraordinaria en el interior de la península, y de medidas de prevision proporcionadas al estado de lucha continental que de un momento á otro puede surgir en Europa;

Tercero.—O España determina no consentir ni tampoco resistir las tentativas que la revolución pueda ensayar de fuera, sino limitarse á precaver y reprimir las que pueda ensayar dentro, poniéndose respecto de la lucha europea en actitud de neutral.

Diciéndonos acá nuestro instinto que, una vez planteado así el problema, regularmente nuestro Gobierno optaría por el tercero de sus términos, queremos limitarnos hoy á enunciar nuestra convicción de que esta sería una solución inútil.

En materia de neutralidades, las tiene no quien quiere sino quien puede; y España es cabalmente, no ya así como quiera una de las naciones que no pueden ser neutrales en la hora de una lucha continental, sino que quizás en toda Europa es la nación que lo puede menos. ¿Por qué? Porque sólo España, entre todas las naciones de Europa, aduna en sí los cuatro puntos que son objeto preferente de la agresión revolucionaria, considerada en el complejo de sus ideas y de sus personas, de sus intintos y de sus intereses. Sólo en España, efectivamente, la revolución cosmopolita encuentra adunados como blanco de sus furiosos y objeto de sus empresas enemigas 1.ª la unidad católica; 2.ª la monarquía hereditaria; 3.ª la dinastía borbónica; 4.ª territorios codiciados.

Por eso cabalmente la revolución ha tomado en España por bandera el *iberismo*: ¿Por qué? Porque el *iberismo* es, entre todas las formas de agresión revolucionaria, la que (por de pronto al menos) produciría desde luego en España los siguientes efectos: 1.º el establecimiento de la libertad de cultos; 2.º el entronizamiento de una dinastía nueva, por medio del sufragio universal; y 3.º la pérdida de las Antillas y de las provincias allende el Ebro.

Es así que la revolución cosmopolita, considerada (repetimos, y nótese bien esto) en el complejo de sus ideas y de sus personas, de sus intintos y de sus intereses, no puede menos de querer en España estas tres cosas; luego si España ha de defenderse contra estas tres cosas que no puede menos de querer la revolución, no puede menos de ponerse desde luego en estado de defensa, y pelear después para evitar esas tres cosas. Luego no puede ser neutral, aunque lo quisiera.

Todo esto nos apresuramos á decirlo hoy, entre otras razones, porque habría que decirlo de todos modos dentro de un mes; sólo que entónces sería *ménos tempestivo* que hoy. Diciéndolo hoy, en esta misma mañana que escribimos, y sobre todo, obrando el gobierno conforme á nuestro dicho, se nos figura que se puede hacer mucho bien, y evitar mucho mal. Dentro de un mes, no sabemos ya lo que se podría; porque hoy los hombres y las palabras andan mucho en un mes.

Fáltanos advertir una cosa, y con ella terminamos. Es costumbre de la vanidad periodística el apremiar á los Gobiernos á que hagan declaraciones sobre los puntos que se someten á su consideración. Pues bien, nosotros rogamos muy formalmente al Gobierno que no haga declaración alguna sobre nada de cuanto dejamos expuesto. Si el decir que no lo acepta tiene gravísimos inconvenientes, el decir que lo acepta tiene todavía más. Dos cosas le importan: no hablar nada, y hacer mucho.

Pero antes, mírese bien por dentro: estudie si sabe y puede hacer lo mucho que le toca: si averigua que sí, hágalo antes hoy que mañana; y si averigua que no, deje hacerlo á quien sepa y pueda.

La historia de España, desde 1807 acá, no ha tenido un período tan grave y trascendental como el que se está inaugurando en estos días mismos. A quien nos lo niegue hoy, no quieramos Dios que tengamos que recordárselo mañana.

GAVINO TEJADO.

Comentando nosotros días pasados la extrañeza de ciertos periódicos por haber obtenido un puesto cierto sugeto que dicen estuvo comprometido en los sucesos de la Rápita, decíamos:

«Si no tienen otros motivos, extrañamos la censura, pues no es el Sr. Ortega ni el único ni el más comprometido en aquellos sucesos que esté, haya estado y proyecte estar sentado á la mesa del presupuesto. También hay más de uno que, reuniendo aquellas circunstancias, comió hasta que quiso.

Y todos son mucho más conocidos de los periódicos que se extrañan, que de nosotros. Pues no son ni carlistas, ni absolutistas, ni neo-católicos.»

A confirmar nuestro dicho viene anoche *La Esperanza*, quien dirigiéndose á *La Verdad*, tratando de la amnistía otorgada á los hijos de D. Carlos, dice, que la Union liberal propuso á S. M. aquella gracia «cuando no podía hacer otra cosa que dar el indulto, entre otras razones, por la de que, de haber continuado fusilando por aquellos hechos, difícilmente habrían librado la piel algunos de los unionistas más gordos.»

Tiene razon *La Esperanza*; pero sin embargo le falta añadir que hoy, algunos, de los más gordos de entónces, no están en la Union liberal: la han vuelto las espaldas.

Otros sí, continúan en su puesto.

Recordamos que cuando se habló días atrás de que se había fugado un ex-carlista llamado Peco, salió con entusiasmo en su defensa el periódico *El Pueblo*, diciendo que no era ya carlista, sino liberal, y aún si no recordamos mal, que tenía con dicho Peco (á quien dijo había visto y hablado en la calle de Alcalá,) relaciones.

Este recuerdo nos parece puede servir de clave para descifrar de quién quiere hablar *La Epoca* en las siguientes líneas:

«Háblase de curiosísimas revelaciones hechas por el ex-cabecilla carlista Peco, quien, detenido en su pueblo, ha referido con pelos y señales sus viajes á Madrid, sus entrevistas con personajes que no tienen nada de carlistas, con otros muchos pormenores capaces de edificar á cualquiera y de convencerle de que no hacen bien las autoridades en vivir prudentemente apocadas.»

Vaya viendo el Gobierno, si nuestras indicaciones respecto á quiénes conviene observar muy de cerca, tienen ó no fundamento.

Ayer terminó en el Congreso la discusión sobre el proyecto de ley de abandono de Santo Domingo, resultando aprobado el dictamen de la comisión por 157 votos contra 68.

Precedió á esta votación definitiva la de la enmienda del Sr. Silvela, que también firmaba nuestro amigo el Sr. Herreros, cuyo texto conocen nuestros lectores. En nuestro número del

juéves hablábamos de esta enmienda, manifestando nuestro temor de que no fuera aceptada, y en efecto así ha sucedido. Habló el señor Silvela, defendiéndola con notable elocuencia, repitiendo argumentos por nadie contestados y aduciendo consideraciones en gran manera atendibles y razonables, pero todo en vano.

Había de aprobarse el dictamen de la comisión sin añadir ni quitar una coma, y no podía admitirse la enmienda del Sr. Silvela. ¿Pues qué se pedía por esta enmienda? Que se extirpases y garantizases por medio de un tratado, el respeto á las personas y propiedades de los dominicanos que han permanecido fieles á nuestra patria; una indemnización de los gastos que hemos hecho en la forma que permitiesen los recursos de aquel pueblo; franquicias de navegación y comercio, y por último se pedía que para conseguir estos fines se limitara la ocupación militar al punto ó puntos fuertes que se estimase convenientes. ¿Podía darse menos, dado el proyecto del Gobierno? Pues á peticiones tan justas, contestó el Sr. Segovia, individuo de la comisión, en parte diciendo: «nos parece muy bien lo que se pide, pero no hay para qué decirlo, ya cuidará de hacerlo el Gobierno,» y en parte con razones, de ningún valor todas ellas y algunas contradictorias. Contradictorias, sí, porque como dijo el Sr. Silvela, si tan poco valen los dominicanos como guerreros, tanto menos honrosa es nuestra retirada de aquella isla.

La falta de espacio y la consideración de que nuestros lectores pueden ver en este mismo número el extracto de los discursos que se pronunciaron, nos mueve á no decir más acerca de ellos. Sólo recordaremos la feliz expresión del Sr. Silvela. «Nuestro pabellón, decía, flota en Santo Domingo y Puerto Plata; un cabo le sostiene, que es el decreto de 1861; el proyecto de abandono viene á cortar este cabo, si lo aprobamos, nuestro pabellón se viene al suelo.»

Si está en el ánimo del Gobierno, como no puede menos de estarlo, el proteger los intereses y las personas de los que nos han sido fieles, ¿por qué no se admitió la enmienda? Y tengase en cuenta que no quedará todo concluido con que el Gobierno diga: «Seguidme si queréis los que me sois adictos.» No; aparte de la imposibilidad con que lucharán muchos de los indígenas para abandonar sus hogares, siempre quedarán allí compatriotas nuestros ligados á aquella isla con vínculos sagrados que no pueden destruir nuestra salida de aquel territorio; quedarán allí muchos Sacerdotes, españoles en su mayor parte, que componen la gerarquía eclesiástica de la isla dominicana, empezando por el Prelado y Cabildo catedral, hasta los Párrocos. ¿Qué hará el Gobierno para proteger á esa clase tan digna y tan benemérita aun á los ojos de nuestra nación, la cual es muy posible que sea mal mirada, no sólo por su calidad de española, sino por los puestos que ocupe, que tal vez despierten bastardas ambiciones? ¿Hemos de exponerlos á que sigan la suerte de otros compatriotas nuestros en algunas repúblicas del Continente americano? ¿Nos desentenderemos de toda protección respecto de ellos?

Medite, medite, pues, el Gobierno sobre estas simples indicaciones que hoy no podemos exponer, pero que nos hacen concebir temores muy fundados sobre contingencias á que puede dar lugar el abandono de Santo Domingo.

La Epoca despues de indicar algo acerca de lo dicho por el ex-carlista Peco en las declaraciones que ha prestado en la causa que se le sigue, dice lo siguiente contestando á los diarios revolucionarios que han dado noticias de haber estado en Madrid D. Juan de Borbon, hecho que niega:

«Pero ¿á qué puede venir D. Juan á España? No será á conspirar con los absolutistas, que le han desechado de su comunión, ó por mejor decir, él los ha abandonado. Acaso los periódicos que ahora dan el hecho son los que pudieran tener mejores informes; pero sea de ello lo que quiera, D. Juan es, á nuestros ojos, un personaje completamente inofensivo é incapaz de inspirar recelos por mucho que se agite.»

Tiene razon *La Epoca*: de ciertos hechos sólo pueden dar razon ciertos hombres.

Ayer se recibió el siguiente telegrama:

«LONDRES, 31.

«Las noticias de Santo Domingo nada nuevo anuncian. Corral había suspendido las hostilidades en Santiago de los Caballeros.

El Gobierno dominicano se componía de una junta gubernativa. Los rebeldes se fortificaban.»

También se recibió el siguiente:

«SOUTHAMPTON, 31.

En el vapor llegado ayer, ha venido el representante del Perú en España general Valle Riestra, con su familia, y sale para Madrid.

Se cree que el jefe de la escuadra española en el Pacífico ha quedado satisfecho con las explicaciones del Gobierno peruano.

La *Covadonga* había salido para Chile, con objeto de conferenciar con el ministro español en Chile el día 1.º.

La *Berenguela* estaba en Plata.

El general Baez ha llegado a este puerto procedente de San Thomas, y sale para Madrid.

Decía *La Correspondencia*, anoche: «Hoy ha quedado elevada a planario la causa que contra el periódico *La Democracia* se sigue por el juzgado de Buenavista, por el artículo *El Rasgo*».

El promotor fiscal de este juzgado, en su acusación escrita, pide para los procesados D. Emilio Castelar y D. Joaquín Cobeña, director y editor del indicado periódico, la pena de cuatro años y nueve meses de presidio menor, con inhabilitación de todo derecho y cargo político durante el tiempo de la condena.

Esta petición les ha sido notificada hoy á las partes interesadas por el escribano D. J. Vigil.

La *Democracia* al dar hoy cuenta de esta pretensión del ministerio fiscal y dando por supuesto que el tribunal la confirme (ella sabrá por qué) exclama entusiasmada:

«¡Ojalá! No cambiáremos nuestro traje de presidiarios por los uniformes bordados y relucientes de D. Antonio Alcalá Galiano y de D. Luis González Brabo.»

Comentando un *quid pro quo*, que supone accedió al ministro de Fomento, quien creyendo acérrimo, responder á un amigo íntimo que le preguntaba: «¿cómo va? contestó á otro, que no lo era:

«Mal, muy mal, amigo mío; esto se desmorona; esto se hunde, esto se vá por momentos.»

Dice *La Iberia*:

«Buenos S. E. se vá primero, conformes; á poco la situación se vá, también conformes; y luego, conformes también con S. E., el cual habla por intuición sin duda.»

La *Iberia* dice ayer:

«Cuando hay leyes opresoras del pensamiento, entre los redactores y los suscritores de todo periódico de oposición tiene por necesidad que establecerse una correspondencia no hablada, en que la inteligencia habla á la inteligencia, y á la que pueda aplicarse oportunamente aquello de «al buen entendedor con media palabra basta.»

LUEGO.....

Entendido.

Si el señor fiscal fuese suscriptor de *La Iberia*, también estaría al cabo.

El Excmo. señor Arzobispo de Granada, que había experimentado una pequeña mejoría, se encontraba á la fecha de las últimas noticias que hemos recibido, en un estado de postración que inspiraba serios temores.

Tampoco son, desgraciadamente, muy satisfactorias las noticias que se han recibido hoy en Madrid del estado del Excmo. señor Cardenal Arzobispo de Burgos.

Sin poder dar pormenores acerca de su padecimiento, sabemos que no se encuentra bien.

Quiera Dios, si así conviene á sus altos fines, librar á la Iglesia de España de desgracias de tanta entidad, como sería la pérdida de dos de sus tan dignos Pastores.

Los unionistas se han dado cita especial para hoy en el Congreso á fin de votar contra la aprobación del acta de Salas, por cuyo distrito es diputado electo el Excmo. señor conde de Torenó.

Los unionistas tratan de hacer valer contra el acta, la circunstancia de no tener, según dicen ellos, el señor conde 25 años cumplidos.

No hemos visto la partida de bautismo del conde de Torenó; pero lo que sí sabemos, es que dos diputados de las opiniones de los hombres que hoy se oponen á la aprobación del acta de Salas, entraron, llevados de la mano por estos, por la misma puerta que se pretende hoy cerrar al señor Torenó.

Nos referimos á la admisión del Sr. D. Manuel Calderón Collantes, para obtener la cual se acudió al recurso de nulidad de su acta en el momento en que el Congreso entusiasmado por el anuncio de la declaración de guerra al Imperio de Marruecos, ni aun se enteró de lo que se trataba; y á la del Sr. Romero Robledo, diputado por Antequera, en favor del cual se invocó la *jurisprudencia sentada por la Cámara* con la aprobación del acta del Sr. Calderón Collantes.

Los unionistas pudieron en aquellas épocas no ser hombres de ley, por más que lo fuesen á la sazón de Gobierno; pero hoy, ¿no serán cuando menos consecuentes?

Si hoy se ven la saliva en el frac, ¿quién les mandó escupir al cielo?

Esperamos saber que los unionistas, recordando los hechos que dejamos citados, se apresurarán á no contar los años del señor conde de Torenó, y á no oponerse á que se sienta donde ellos hicieron hueco para los señores Calderón y Robledo.

Ayer hubo Consejo de ministros de doce á dos de la tarde, y por la noche á las nueve volvieron á reunirse los consejeros de la Corona.

En la reunión de la subcomisión de Hacienda celebrada en el Congreso, se ha tratado de la supresión de la dirección de loterías.

El día 9 del actual llegará á esta corte el Sr. Coello, ministro plenipotenciario de España en Portugal.

Mañana predicará en la Real capilla el elocuente orador D. Baltasar Palmero.

ULTIMA HORA.

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 1.º de Abril.

La enmienda presentada por los diputados de la oposición con objeto de que la prensa sea sometida á la jurisdicción de los tribunales ordinarios, y se le emancipe del régimen administrativo, ha sido desechada por 487 votos contra 65.—M. Boudet ha sido nombrado secretario del Senado.

LONDRES, 31.

En la sesión de la Cámara de los Comunes, contestando lord Palmerston á una interpelación de M. Newdegate relativa á la eventualidad

de que el Papa se vea obligado á buscar refugio en un punto perteneciente á Inglaterra, ha declarado que el Gobierno profesa á la persona del Papa el más profundo respeto, pero que la residencia de Su Santidad en territorio inglés constituiría un hecho anormal y una falta política.

México, 22 de Febrero.

El mariscal Bazaine ha vuelto á Méjico.

TORIN, 31.

El nombramiento del marqués de Ilalette ha producido aquí gran satisfacción, pues se ha interpretado como favorable á la revolución italiana.

NEW-YORK, 22.

El general Sherman marcha sobre Golsboro. Los generales Beauregard y Johnston han sido encargados del mando de Richmond; el general Lee del mando de Raleigh. El Congreso ha autorizado al ministro Dials para que tome todo el numerario existente en los Bancos. Los generales World y Grant creen que la evacuación de Richmond tendrá lugar dentro de unos diez días. El *Herald*, dice que Lee y Davis están resueltos á abandonar la lucha.

M. Seward, ministro de Negocios extranjeros en el Gabinete de Washington, ha mandado que, en el término de doce días y bajo pena de prisión, salgan de aquel territorio federal todos los extranjeros que mantengan relaciones comerciales con el Sur.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:
Títulos del 3 por 100 consolidado 46-90 no publi.
Títulos del 3 por 100 diferido 42-20 publicado.
Deuda amortizable de primera clase 00-00 no publi.
Deuda amortizable de segunda id. 24-00 publi.
Deuda del personal, 22-25 no publicado.
Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, 80-75 publicado.
Acciones del Banco de España, 438 no publi.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUES DEL DUERO.
Extracto de la sesión celebrada el día 31 de Marzo de 1865.

Abierta á las dos y media, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Pasaron á la comisión de exámen de calidades los documentos presentados por la señora doña Juana Ruiz de Arana y Saavedra, marquesa viuda de Ayerbe, con el fin de acreditar la aptitud legal de su señor hijo D. Juan Jordan de Urries y Ruiz de Arana, marques de Ayerbe, para ser senador por derecho propio.

Fueron aprobados sin debate alguno los dictámenes de la comisión de exámen de calidades, relativos á las de los señores conde del Real, marqués del Puerto y D. Manuel Ruiz Tagle.

Se leyó y quedó sobre la mesa, para discutirse en la próxima sesión, el dictamen de la comisión de exámen de calidades relativo á las del Sr. D. Rafael Acuña Rico, conde de la Cañada.

Pasó á las secciones, para el nombramiento de comisión, un proyecto de ley remitido por el Congreso de señores diputados concediendo un suplemento de crédito de 40 millones de reales con aplicación al capítulo XIV del presupuesto extraordinario corriente.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente acerca del dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley relativo á las bases para la reorganización de tribunales y enjuiciamiento criminal del fuero común, y para la organización provisional del Tribunal Supremo, reforma de la casación civil y establecimiento de la criminal.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Veo que se halla ausente el Sr. Gálvez Cañero; y como yo quiero guardar á los señores senadores las consideraciones que les son debidas, deseo que conste que no contesto á su discurso ahora, por ese motivo, reservándome hacerlo cuando haya de ocuparme del discurso que pronuncie otro señor senador.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Calderón Collantes tiene la palabra en contra.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES hizo uso de la palabra en contra de la base primera, solicitando que los proyectos que se han de redactar con arreglo á las bases, se presenten antes á la discusión de las Cámaras. Si así no se hace, prometo formular una enmienda á artículo provisional en este sentido. Abogó también porque la administración de justicia en primera instancia se haga como en las demás, por tribunales colegiados y no impersonalmente.

Censuró lo mezquino de la consignación destinada en el presupuesto de Gracia y Justicia especialmente en el artículo de material y reparación de edificios de las audiencias, y prometió ocuparse de este asunto cuando se discutieran los presupuestos.

El Sr. D. CIRILO ALVAREZ, de la comisión, demuestra que es sólo culpa de las circunstancias la desproporción entre el presupuesto de Justicia y el de los demás ramos, y contestó uno á uno á todos los argumentos del Sr. Calderón Collantes.

Dijo que el art. 1.º no es una autorización, sino un mandato; que ni el Gobierno ni la comisión pueden salirse de las bases en la redacción de las leyes, porque forman aquellas un sistema completo y homogéneo; que el juicio oral, la única instancia y la publicidad son las mejores garantías del procedimiento y de los intereses sociales é individuales.

El Sr. CALDERÓN COLLANTES rectificó.

El Sr. GÁLVEZ CAÑERO presentó una exposición contra el anticipo.

Se levantó la sesión á las cinco y media.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ALVAREZ.
Sesión celebrada el día 31 de Marzo de 1865.
Abierta á la una y media, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Pasó á la comisión una exposición de comerciantes relacionados con la isla de Santo Domingo pidiendo que al abandonarla se establezcan garantías para la seguridad y fomento del comercio.

El Sr. MODET: Presento una elocuente y respetuosa exposición de españoles de los dos hemisferios pidiendo se formen las leyes especiales prometidas en 1837; es decir, hace 28 años, á las provincias de Ultramar. Cuando se trate de esta exposición, me reservo explicar las razones que militan en su apoyo.

El Sr. PRESIDENTE: Pasará á la comisión de peticiones.

El Sr. MARQUINA: Veo al señor ministro de Estado en su sitio, y quisiera recordar una pregunta que tengo hecha días há, y que no ha merecido todavía ser contestada. Mi pregunta se refería á la necesidad y conveniencia de una reforma territorial, en la cual podrían hacerse razonables y verdaderas economías en el presupuesto de gastos, y además atender á otras altas y urgentes necesidades del país.

El señor ministro de ESTADO: La división territorial á que se refiere la pregunta de S. S. corresponde al ministerio de la Gobernación. Haré presente á mi compañero los deseos de S. S.

El Sr. MARQUINA: Pertenezco, según creo, la decisión de esta cuestión al Consejo de ministros. Por eso he dirigido la pregunta al Gobierno en general, no á un ministro en particular.

El señor ministro de ESTADO: La cuestión es grave, es muy alta; están en ella interesadas todas las provincias. No se puede resolver sino por una medida legislativa; y si hubieran de resultar de ella economías, no serían para este presupuesto, como comprenden muy bien el Sr. Marquina.

El Sr. MARQUINA: Si nunca se empieza, nunca llegaremos al resultado. Por eso le preguntado si se han reunido ya los señores diputados para traer aquí esa medida legislativa; y si no existen, deseo que se reúnan para que dictada esa medida resulten verdaderas y razonables economías.

Juró y tomó asiento el Sr. Gay.

El Sr. ROMERO ORTIZ preguntó qué pensaba hacer el Gobierno respecto á las graves infracciones de la ley de ayuntamientos que se están cometiendo en varios distritos de España, y que no sólo el Gobierno conoce, sino que han sido objeto de preguntas suyas, sin que tuviesen contestación oportuna.

El señor ministro de ESTADO contestó que el Gobierno no dejaba á sabiendas infringir las leyes; que si se había cometido alguna infracción de la ley de ayuntamientos, no por eso podía decirse que el Gobierno tuviera conocimiento de ella, y que los documentos pedidos por el Sr. Romero Ortiz relativos á este asunto, los traería al Congreso el ministro de la Gobernación á la mayor brevedad.

El Sr. ROMERO ORTIZ pidió á la comisión de actas que presentase dictamen sobre la de Fraga.

El señor PRESIDENTE dijo que la mesa pondría en conocimiento de la comisión esta petición.

El Sr. UHAGON reiteró una petición que había hecho hace noventa días y después recordado varias veces para que el Gobierno llevara al Congreso los documentos que atestigüen los suplementos de créditos pedidos, las reformas en el personal y los nombramientos de empleados hechos por ministros y directores.

Manifestó, además, que si el Gobierno no atendía esta vez su petición, haría una interpelación formulándola sobre el escandaloso olvido con que los ministros trataban las peticiones que en uso de su derecho les dirigían los diputados de la nación.

El señor ministro de ESTADO contestó ponderando las ocupaciones que asedian al Gobierno desde hace noventa días con sesiones de Cortes de día y de noche, y con Consejos de ministros casi diarios.

Dijo que en su ministerio no se habían pedido créditos supletorios, y que lo más pronto posible se presentaría al Congreso los documentos pedidos por el Sr. Uhagon.

El Sr. JOVE Y HEVIA manifestó que había pedido la palabra en pró del proyecto de ley sobre abandono de Santo Domingo, y no podía usar de ella, porque los señores de la comisión habían creído oportuno consumir todos los turnos.

El señor PRESIDENTE manifestó que los señores de la comisión se le habían acercado á pedir la palabra.

Entrando en el orden del día, continuó la discusión sobre el acta de Orihuela.

El Sr. ELDUAYEN continuó su discurso en contra del dictamen de la comisión.

Terminado el discurso del Sr. Elduayen se suspendió esta discusión.

Juró y tomó asiento el Sr. Loring.

Evacuación de Santo Domingo.

Continuando esta discusión, dijo:

El Sr. POLO: Tres personas notabilísimas han hecho uso de su derecho combatiendo el dictamen de la comisión en tres elocuentes y largos discursos. Han expuesto con gran lucidez y energía las razones que en un concepto resultaban en contra del dictamen de la comisión; yo no seré largo al necesario serlo para favorecer las convincentes razones que militan en favor del abandono de Santo Domingo.

Para mí esta no es cuestión de mayoría ni de partido; es cuestión de grande interés nacional. No puedo creer que haya partido alguno que quiera que se resuelva esta cuestión con arreglo á sus intereses. Es, pues, necesario sacar del terreno de los partidos, elevar sobre la atmósfera envenenada por las pasiones y odios políticos. Si hay diferencia en el modo de juzgarla, hay unidad en los deseos: todos desean favorecer el interés y el decoro nacional.

Yo, pues, juzgaré esta cuestión siempre que sea necesario con entusiasmo; pero con el entusiasmo que pone á su servicio las nobles pasiones del patriotismo, no con el entusiasmo que se deja dominar de otras pasiones.

La conservación de Santo Domingo es contraria á la política que debe guiarnos en Europa; más contraria aún á la que debe dirigirnos en América, y más contraria todavía á la que debemos tener en las Antillas.

¿Qué significa la conservación de Santo Domingo hoy? Consumir estérilmente los recursos que necesitamos en el interior. Se han consumido ya 400 millones en esta guerra; tendrían que consumirse pronto 400 si la conserváramos. Es decir, que hemos gravado al país con una renta perpetua de 20 millones, y lo gravaremos con otra de 30. La munificencia de S. M. ofrece á la nación 300 ó 400 millones: esta suma cabalmente es la que se ha consumido en Santo Domingo; y aquí se ha dicho que en nada podían consumirse mejor esos millones que en hacer que siga derramándose inútilmente la sangre española en esa tierra lejana! Señores, ¿tan sobrados estamos de fuerza moral y energía, que podamos ir á gastarlas en Santo Domingo? ¿Se sabe la fuerza y la energía que necesitamos para la continuación de la guerra? No lo sabemos.

Pero voy más adelante: yo condeno en nombre de la conveniencia política la conducta que van á observar aquí en la votación ciertos grupos de esta Cámara.

La España actual, que se regenera desde que empezó el reinado de Isabel II, ¿ha llegado á su edad adulta, ni siquiera á su edad viril? No, señores: se ha hecho mucho en agricultura, industria y si volvemos la vista atrás, pero falta muchísimo si miramos al porvenir. En nuestra industria, en nuestra agricultura, en hacienda, en capitales estamos muy atrasados.

En política, señores, ¿qué falta que hacer! ¿Cuán poderosa es todavía la reacción! ¿Cuán temible la revolución! Véanse ciertas actitudes; y en esta situación, ¿no necesitamos emplear todos nuestros esfuerzos para mejorar la situación política y económica del país? Me admira que haya personas que deseen nuestra prosperidad interior; y al mismo tiempo nos hablen de expediciones lejanas y guerras exteriores. Aquí indudablemente hay dos soluciones: la liberal, que proclama el abandono, y la reacción liberal, que propone la conservación. ¿Qué dicen en Europa los liberales? Todos aplauden y celebran la evacuación de Santo Domingo y la significación que puede tener hoy en adelante en nuestra política. Por eso es un fenómeno la situación de las fracciones de esta Cámara, que quieren ser más liberales que el Gobierno que propone la evacuación.

Señores, á la política interior se le da importancia: viene la cuestión de ayuntamientos; los liberales se inclinan al lado donde está la libertad. Viene una cuestión comercial, y hacen lo mismo; pero, señores, estas cuestiones de política exterior, ¿son menos importantes que las otras? ¿No hay en ellas dos lados también, uno más y otro menos liberal?

He dicho que en mi concepto la España hoy, y hasta que esté constituida económica y políticamente, debe reconstruirse en sí misma; debe emplear sus recursos en regenerarse, en constituirse, en asentarse sobre bases sólidas su poder y su libertad. Es así la única nación que puede hacerlo. Otras naciones tienen que constituir su unidad, su independencia, su integridad: muchas naciones hay que pretenden encerrarse en sí mismas; quieren y no pueden. Sólo para España queda el poder. Realicémoslo, pues, este deber posible.

Señores, en la cuestión de Santo Domingo hay una solución popular y otra impopular, y el abandono es la solución popular, la que todos desean. Suprimáse para esta cuestión el ministerio; desorganízese la Cámara; constituyámonos á juzgarla aparte de todo compromiso político y de toda prevención. Póngase esto á votación, y se verá cuán pocos son los diputados que no voten el abandono. ¿Y en el país, señores? Si se pusiera á votación en el país la conservación ó abandono de Santo Domingo, hasta los que han elegido á los señores que lo combaten votarían en masa el abandono.

Se dirá: es política es muy mezquina. Según ella, la época actual es una época muy prosaica, muy pequeña. Yo compadezco á los que así juzgan. Están como las personas que ven de cerca los defectos y la superficialidad, y tienen por pequeño aquello que en su

conjunto es grande. Principios del reinado actual, era este país pobrísimos, ignorantes, atrasado: ved si hoy no es mucho más rico, más ilustrado, más adelantado en el glorioso camino de la libertad.

Si consumiéramos hoy nuestra riqueza en expediciones lejanas, sería fácil que diéramos una gran caída; viniendo de un estado de prosperidad á un estado de indigencia. Sigase la política que yo propongo, y veremos cómo este país se eleva á una grande altura de prosperidad, ilustración y libertad.

He dicho que en América, aún más que en Europa, debemos seguir esta política que yo aconsejo. Después que tuvimos la desgracia de perder las provincias de Ultramar, estamos en el caso de proponerles allí un alto objeto, y es el de ejercer una grande influencia de raza, de ideas; una influencia civilizadora, influencia que, poniendo en contacto las razas, sea provechosa á la madre patria y á las antiguas provincias.

Esto se consigue reconociendo la independencia de aquellos países, respetando la y alejando todo lo que pueda hacer pensar que no la respetamos. Ahora bien: para nuestra política en América, ¿qué fué la ocupación y sería hoy la conservación de Santo Domingo? Señores, lo contrario de esa política. Esto debe significar para esos países, aunque realmente no lo sea, que estamos ávidos de dominación, y queremos obtenerla y conservarla á fuerza de sangre.

¿Sabeis lo que es conservar á Santo Domingo? Cambiar la inmensa influencia que podemos tener en América por la posesión sangrienta y ruinosa de una isla semi-africana. En vez de demostrar que no pretendemos recuperar ninguna antigua provincia, esa ocupación nos presenta como codiciosos de coger hasta lo más pobre, ruinoso y decadente.

¿Qué debemos hacer respecto de las Antillas? ¿Debemos hacernos más fuertes concentrándonos, ó más vulnerables extendiéndonos? No tengo necesidad de responder á esta pregunta. Pero ¿cómo seremos más fuertes, conservando aquellas posesiones como recuerdo y con el derecho que nos dan los descubrimientos hechos por nosotros, ó presentándonos como invasores y conquistadores, ejerciendo un derecho de fuerza que no nos conviene invocar en ninguna parte y mucho menos en América?

Se ha dicho ya cuánto dañan las relaciones íntimas que creó la anexión y tendría que sostener la conservación; pero yo pregunto: ¿son allí nuestros recursos limitados? No, señores, nuestras necesidades son allí superiores á nuestros recursos. Allí hay sobra de terrenos que cultivar; sólo faltan brazos y capitales. ¿Y cómo seremos más fuertes, empleándonos en poblar y cultivar á Cuba y Puerto-Rico, ó en conservar á Santo Domingo?

Señores, 300 millones nos cuestan los 700,000 quintales de tabaco que se dice ha producido Santo Domingo. ¿Cuántos mayores productos podríamos haber obtenido empleando esos 300 millones en Puerto-Rico ó Cuba?

Véase, pues, cómo lejos de fortalecernos nos debilita en las Antillas la posesión de Santo Domingo.

Los recursos militares ¿no pueden emplearse mejor en las otras dos Antillas que en Santo Domingo? Es evidente, señores.

Ahora contestaré á las únicas razones que se exponen de honor de nuestra bandera, á honor militar. Si se atendiera á esas razones, la paz sería siempre deshonrosa; no sería lícito hacerla sin gastar el último peso y consumir el último cartucho. Si esto hay que hacerlo para defender á Santo Domingo, ¿qué podríamos defender mañana á Cuba y Puerto-Rico? Nosotros mismos hemos abandonado todo el continente hispano-americano, y no hemos faltado al honor. La Inglaterra tuvo que abandonar la América del Norte después de los grandes derrotas de sus ejércitos, y se vio forzada á reconocer los Estados Unidos; y, señores, yo quisiera que la España valiera en lo exterior después de abandonar á Santo Domingo, y en lo interior, como ha valido y está valiendo Inglaterra después del abandono de los Estados Unidos.

Se ha hablado aquí de las madres espanta as. Y nosotros, ¿cómo vamos á salir de Santo Domingo? Con su escudo volverán nuestros soldados, con su organización, con sus armas y banderas no vencidas. Y en cuanto volver sobre su escudo, ¿se quieren todavía más víctimas? ¿Cuántos no han salido de aquel país, no sobre sus escudos, sino sobre miserables camillas de enfermos?

Prescindamos de lo que eran las guerras para los españoles, y lo que es la guerra de Santo Domingo para los españoles. Para los españoles la cuestión era de vida ó muerte, de vencer ó de ser esclavos: ¿es eso para nosotros la guerra de Santo Domingo?

Se dice que debemos, ante todo, ocupar á Santiago. Yo digo á los que están por la conservación de Santo Domingo, que no podría dirseles mayor castigo que traerlos al poder para que reconquistaran y conservaran esa isla. ¡Ah! ¿Cómo se arrepentirían de ese propósito! ¿Cómo su patriotismo les haría abandonarle y cuanto antes!

Se dice: á lo menos dejemos cubierto el honor de nuestra bandera. El Sr. Cánovas se contestaba como decía Glicerio que se habían contestado los que habían combatido á Miraflores antes de Pompeyo; que habían conseguido no victoriam, sino laudem victoriam. Sólo que nuestros generales conseguirán el honor de la victoria, no sobre Miraflores, sino sobre Polanco.

Es verdad que el Sr. Cánovas comparó á Colon, ¿con quién dirá el Congreso? Con Santana.

Señores, la figura de Colon no puede ponerse al lado de ninguna de las que desuellan en la historia de nuestro país. Nuestros héroes de América fueron al mismo tiempo destructores. Colon tiene una gloria purísima, y no puede compararse ni aun con los más ilustres.

Pero decía el Sr. Cánovas: vamos á Santiago: sólo costará 400 millones y unos dos ó tres mil soldados. ¿Pues qué! Santiago, ¿no es una miserable barriada? ¿Y debemos pretender engañar á las naciones extranjeras sobre la importancia de nuestra fuerza? Todos saben hasta dónde llega; saben que podemos ir á Santiago; ¿pero para qué sacrificar esas vidas y esos recursos? Señores, si Santiago fuese Calcuta, si Santo Domingo hiciera el comercio que hace la India inglesa, ¿se haríamos ese sacrificio, como le haríamos mañana si se vieran atacadas Cuba y Puerto-Rico.

Voy á concluir: abandonemos á Santo Domingo lamentando los males que nos ha traído su posesión, mirando este acto como un retroceso, sino más bien como un progreso; abandonando con Santo Domingo esa política de extorsión que tiende á consumir nuestros recursos, á debilitarnos y empobrecernos. Sea este hecho la consagración, sea la política que tiene la conservación en nuestro país para hacer que, dando prosperidad y riqueza, sea el reinado de Isabel II el más glorioso que haya tenido la nación.

Declarado el punto suficientemente discutido, se acordó pasar al exámen de los artículos.

Se leyó la siguiente enmienda al 1.º: «Se autoriza al Gobierno de S. M. para evacuar el territorio de la antigua República dominicana, reincorporado á la Monarquía por el Real decreto de 19 de Mayo de 1861, previa la celebración de un contrato en que se estipulen y garanticen: primero, el respeto á las personas y propiedades de los dominicanos que han permanecido fieles á la causa de España. Segundo, una indemnización de los gastos de reincorporación y administración, y de los ocasionados por la guerra, en la forma que permitan los recursos de aquel pueblo. Tercero, franquicias de navegación y comercio á la altura de la nación más favorecida.

Para llegar á los fines indicados, el Gobierno, cesando desde luego en las hostilidades, limitará la ocupación militar al punto ó puntos fuertes de aquel territorio que estime convenientes, donde dará refugio y protección á los que hayan permanecido fieles á la causa española.»

El Sr. SILVEIRA: Entro con honda pena en este debate. Proclamo la índole de este proyecto y esta discusión un gran sentimiento de tristeza. Serán muchas veces necesarios ciertos actos; pero siempre serán tristes. Cuando se diga: las Cortes de Cádiz asentaron el sistema constitucional; las de 1845 crearon un sistema tributario; las de 1854 dotaron al país de vías férreas; ¿qué han hecho las de 1865? La respuesta será, señores: aumentar los impuestos y disminuir el territorio nacional. Tengo, sin embargo, que hacer una justicia á las Cortes.

Al principio de la legislatura nos pidieron 600 millones: los representantes del país se opusieron; el Gobierno reconoció su error, lo confesó, y consiguió la rebaja de 300 millones. Si en esa cuestión la discusión, la resistencia legal, ha redundado en bien del país, en esta de que se trata creo que una conducta parecida puede también redundar en su beneficio.

El Gobierno pide autorización para un acto. Hoy están concentrados: Puerto Plata y Santo Domingo nuestras fuerzas; sobre ellas flota nuestro pabellón, y le sujeta un cabo, el Real decreto de 1861; cordillado, y el pabellón caerá.

Pues bien: nosotros decimos: no es tan urgente ese acto doloroso; si hay que plegar nuestra bandera, es necesario que sea después de ser saludada cual corresponde, después de obtenidas satisfacciones, después de obtenidas garantías para los que nos han sido fieles, después de consignada una indemnización que consagre y castigue la veleidad dominicana.

No descarto aquí completamente la cuestión de reincorporación; pero debo decir que siento que el señor ministro de Estado haya confundido la anexión con la reincorporación. En Santo Domingo no ha habido anexión; ha habido reincorporación; no fué esta la obra de un partido: fué la manifestación de un sentimiento popular allí y popular aquí. En 1861 lo popular era la reincorporación; y así lo ha confesado el señor Alcalá Galiano.

No digo nada de la administración planteada allí. Siempre será para nosotros humillante que no hayamos ensayado allí antes del abandono el sistema con que prosperan las Filipinas, Argelia, Australia; ocupando los puntos importantes del litoral, haciéndolos centros del comercio, dejando al ejemplo, al tiempo y á los misioneros al extender la civilización y el comercio en la población interior.

Tampoco diré nada del sistema de guerra. Siento sólo que no haya ido allí un general en jefe, no á formarse reputación, sino con reputación formada, con el prestigio que es tan necesario para combatir el desaliento, que es la peor de las epidemias.

Entrando en la cuestión del momento, voy á sostener la enmienda que hemos presentado.

Señores, he tratado de estudiar la cuestión de Santo Domingo, y encuentro que de lo que se ha dicho sobre ella surgen dos grandes razones en favor de la conservación y otras dos ó tres en favor del abandono.

Primera razón

ha ejercido allí el mando, y que lo ha sostenido en el Senado.

Se podía decir que eran muy pobres los dominicanos para exigir esto, y que el señor general Rivas se había equivocado; pero hoy mismo, ¿no se ha presentado aquí una exposición de varios comerciantes de esta ciudad que dicen que con una parte de producto de las aduanas se puede atender al pago de esta cantidad? ¿A los señores, ¿quién dice que si hoy es pobre esa isla no será mañana rica? No era, según el Sr. Benavides, hace poco tiempo, Puerto-Rico un desierto? ¿Hemos de hacer siempre política mope, política del momento? ¿No hemos de mirar nunca al porvenir?

Voy á concluir, señores: nuestra enmienda, que no es sólo obra mía, sino de distinguidos diputados, tiene muchas ventajas sobre el proyecto del Gobierno, porque no empieza por romper el Real decreto de reincorporación; pero se dirá que para exigir esas garantías hay que conservar la ocupación de alguna parte del territorio, y que esto es muy grave en el porvenir, porque terminada la guerra de los Estados-Unidos podríamos temer complicaciones grandísimas si conserváramos allí ninguna dominación.

Para una de dos: ó cuando termine la guerra de los Estados-Unidos proclamamos paladinamente la doctrina de Monroe, ó no. Si lo primero, lo mismo será que conservemos á Santo Domingo ó que nos quedemos sin él; y en ese caso tendremos á nuestro lado á Francia, amenazada en México; á Inglaterra, amenazada en el Canadá. Si no hace eso; si hace política astuta, de soslayo; si aspira á aislar nuestra causa; si crea conflictos en nuestras colonias; si empieza las sublevaciones ó las invasiones filibusteras, ¡oh! para ese caso, ¿cuánto deploraremos haber sido débiles en Santo Domingo! ¿Cuánto deploraremos ese ejemplo reciente que demuestra que ante el clima y una resistencia abundante hemos cedido!

He concluido, señores, pues sólo me resta una observación. Los que querían el abandono lo querían lícito, digno, con garantías, votada la enmienda. Los que con sin igual equidad habéis sostenido la conservación á toda costa, ved que hoy la guerra es imposible: vez que es preciso que varíe la opinión; ved que en estos momentos se va á votar por el Gobierno y la mayoría el abandono incondicional, y entre esos y las garantías que nosotros exigimos no debe vacilar. Si lo hacéis así, si la tomáis en consideración, satisfaceréis los patrióticos deseos de unos diputados que os hablan, no á nombre de un partido, sino impelidos por el patriotismo; que miran sólo por el decoro, por la honra de España.

El Sr. SEGOVIA: Señores, me levanto á declarar á nombre de la comisión, al Congreso y á los firmantes de la enmienda, que la comisión no puede conformarse con su texto, aunque está conforme con parte de su espíritu. Y como el no decir más que esto sería una especie de desaire al discurso del señor Silvela, voy á analizar la enmienda y á contestar á su señoría.

No puede la comisión menos de hacerse cargo, ante todo, del preámbulo que tiene la enmienda. Este dice:

«Los diputados que suscriben, impulsados por el deseo de que el decoro y los legítimos intereses de la nación española queden en el alto lugar que les corresponde en una cuestión que está por cima de las que dividen á los partidos políticos, tienen el honor de someter á la deliberación.»

La comisión cree, señores, que esto no es más que una introducción natural, que no encierra ningún cargo para ella, y cree esto porque coloca la cuestión por encima de todos los intereses de partido que no hubieran podido existir, sin que se hubiera planteado la cuestión en el terreno de lo que nos convenía hacer en América.

La comisión, señores, no vió nunca este espíritu de partido de que haba á el Sr. Silvela en el Gobierno de S. M. Hay más: la mayoría de la comisión no pue-

de ser tachada de un ministerialismo exagerado; y por mi parte hace muchos años que tengo oficialmente manifestada mi opinión respecto de la conservación de Santo Domingo; no hemos examinado, pues, la cuestión con espíritu de ministerialismo ni de oposición, sino á la luz de la razón y de nuestra conciencia.

Señores, el primer artículo de la enmienda es enteramente conforme con el proyecto de ley presentado por el Gobierno, y sobre todo con el dictamen de la comisión: al decir que se han de respetar las personas y propiedades de los dominicanos que nos han sido fieles, no hace más que consignar un principio reconocido por nosotros, no hace más que especificar el modo con que ha de hacerse el abandono.

Yo no me opongo á esa declaración, en primer lugar porque la ejecución de esta ley debe dejarse enteramente al Gobierno, y además porque temo que si mañana se hiciera una declaración del modo con que se habían de garantizar las personas y las propiedades de los dominicanos, los 200,000 habitantes que á lo más hay en la isla habrían de crecer mucho en 24 horas.

En el tiempo que duró como en germen el conato de reincorporación, circulaba en Santo Domingo el papel moneda que todos conocemos, pues á pesar de que este no puede reproducirse, con la esperanza de su conversión en metálico, se reprodujo de un modo tal, que no llegó á hacerlo el más fecundo de los insectos.

Creo, pues, que con esta cláusula resultaría que no había habido ningún rebelde: todos querían quedarse allí protegidos por nosotros; y no es esto que yo me oponga á la justicia que pide el Sr. Silvela, pero creo que la medida de esta justicia debe dejarse al Gobierno.

Supongamos, señores, que hay en la isla 10,000 rebeldes y 150,000 leales, que es mucho suponer: el Sr. Cánovas decía que si abandonásemos aquello, los rebeldes devorarían á los leales; ¿qué el Congreso que fijados estos números será muy fácil? No; y será tanto más difícil, cuantos menos sean los rebeldes.

Propongo la enmienda que para llegar á los fines que en ella se indican, el Gobierno limite la ocupación militar al punto ó puntos fuertes que considere convenientes.

Yo, señores, ignoro cómo se pueden sostener puntos fuertes en un territorio cesando en las hostilidades: ¿gestaríamos allí encerrados sin hacer manifestación alguna para hacer cumplir los tratados? Pero además, señores, ¿cuáles son esos puntos? Hoy me ha sorprendido oír decir al Sr. Saavedra Meneses que había ocho fuertes en Santiago de los Caballeros; yo no entiendo de esto; pero creo que lo mismo pueden llamarse fuertes obras magníficas, que obras hechas sin materiales y casi sin ingenieros. Tal vez sean esos ocho fuertes como las cinco caperuzas que todos conocemos.

Respecto de la indemnización, yo debo decir al señor Silvela que no la hemos consignado en el dictamen para que no pueda decirse que hemos materializado la cuestión. Además, la indemnización sería de un cobro tan difícil, que daría lugar á una nueva guerra, porque los dominicanos no comprenden nunca que nadie tenga derecho á que ellos le den nada, y menos dinero.

Terminado el tratado de 1855, fui yo el primer agente diplomático y consular que fui á aquella isla á representar al Gobierno de S. M.; examiné el tratado y me encontré con un art. 7.º que está puesto en casi todos los tratados hechos con las antiguas Repúblicas hispano-americanas; pero que yo previa que había de ser con el tiempo una fuente de muchos compromisos. Me hizo un magnífico recibimiento; pero no me lo hizo el Sr. Santana, sino el señor vicepresidente de la República, persona muy poco política, que tenía á su lado al ministro de Negocios extranjeros, que no pudo dirigirme una arenga á pesar

de haberlo indicado así el señor vice-presidente.

Sin embargo, me llamó la atención que no estuviera á recibirme el presidente de la República; me callé á pesar de todo; y me limité á preguntar cómo no había ido á recibirme el general Santana. Se me contestó que estaba ocupado en negocios de la guerra. Fingí contentarme con esta respuesta; pero aquella misma tarde se publicó una parte de la última victoria obtenida sobre el enemigo; salió á la calle á enterarme, un español á quien encontré me presentó al general de artillería. Estaba hablando con este; y preguntándole cómo no se habían hecho prisioneros, me dijo que era porque no se hacían más que unos cuantos disparos, y que luego cuando huban los batidos se les picaba la retaguardia y se les cortaba la cabeza.

Seguí informándome del estado de la República, y no pude conseguir ni una sola vez que se me dijera que agradecían aquellos naturales la conducta de España, que no les habían exigido ninguna indemnización. ¿Cómo se quiere, pues, estipular ni conseguir ninguna?

En cuanto á la guerra y sus inconvenientes, no tengo nada que decir, y únicamente indicaré al señor Saavedra Meneses que no es exacto que en la isla no haya montañas de consideración, y que el nombre de Hiti, que era el que los aborígenas daban á la isla Española, quiere decir país de grandes montañas. La de Yagüí tiene más de 10,000 pies sobre el nivel del mar.

En resumen, pues, la comisión no puede conformarse con la enmienda, y suplico á los señores diputados que se sirvan desecharla, aprobando en su lugar el dictamen de la comisión.

El Sr. SAAVEDRA MENESES: Yo, señores, que admito todos los talentos, hasta el epigramático, me encuentro ocasión oportuna para usarle cuando, como dice el Sr. Silvela, se trata de cortar la cuerda que sostiene nuestro pabello y de las enfermedades de nuestros compañeros de armas. No digo más acerca de esta.

En cuanto á los datos que he expuesto, las comunicaciones hacen ver que la mayor fuerza que han podido tener los insurrectos es de 4 á 5,000 hombres; tengo el plano de las fortificaciones de Santiago de los Caballeros; y hay ocho fuertes unidos por una trinchera: fuertes de campaña; sí, pero fuertes.

Y respecto de la altura de las montañas, yo enseñaré al Sr. Segovia en cuanto concluya la sesión una obra en la cual podrá oír la altura del pico de Yagüí.

El Sr. SEGOVIA: Yo no soy capaz de usar de epigramas hablando de las enfermedades de nuestros soldados, y me alegraría que el Sr. Saavedra Meneses reconociera de que yo no trato en epigramas nunca cuestiones serias.

En cuanto á la altura, tengo aquí la carta de esa isla, en la cual aparece que tenía más de 10,000 pies, como podrá ver el Sr. Saavedra.

El Sr. CÁNOVAS: Señores, el Congreso ha oído el elocuente y oportuno discurso del Sr. Silvela. Las razones que el Sr. S. se ha apoyado no son aceptables por la minoría que yo represento; pero en la inteligencia de que el proyecto pueda aprobarse, como encontramos que la enmienda le mejora mucho, por esa razón nos hemos decidido á votarla.

El Sr. PAZ: Señores, voy á decir únicamente, ya que por renunciar á lo que parece á la discusión por artículos no me es dable terciar en el debate, que hay un punto sobre el que el Gobierno ha dicho algo; pero en el que yo desearía aún que fuera más explícito. Yo acepto el espíritu de la enmienda de mi amigo el Sr. Silvela; y si no lo admito en el procedimiento práctico, digámoslo así, es porque creo que debe reservarse al patriotismo y responsabilidad de este y de todo Gobierno el modo con que ha de atender á la protección de los españoles y dominicanos que nos han sido fieles, y á la de cuantos intereses legítimos allí tenemos.

Por lo demás, estoy persuadido de que serán atendidos como es debido, como exigen la verdadera honra, la conveniencia y la justicia; y si no se hiciera, declaro que como diputado exigiría, en cuanto pudiera, la más estrecha responsabilidad por ello, y que en este concepto y seguridad únicamente he suscrito el dictamen.

El Sr. SILVELA: No puedo renunciar á hacer dos ó tres rectificaciones. Empezaré por decir al Sr. Segovia que si mi discurso ha sido débil, debe imputarse, no á la causa que es justa, sino al que la ha sustentado, que no tiene los recursos que quisiera, y hoy menos.

También debo decir á S. S. que si son ridículas las armas y las fuerzas de los dominicanos y haitianos, no nos hace con esto mucho favor cuando hemos abinado ante ellas Santiago de los Caballeros. Eso ha sido una poética ficción de S. S.: el ejército español no cede ante adversarios indignos.

En cuanto á la indemnización, yo creo que debe exigirse, no sólo porque se pague, que debe pagarse, sino además por conseguir el principio.

También ha sido un error del Sr. Segovia el decir que en el proyecto de la comisión no se ofrece protección á los dominicanos dentro de su territorio. En el proyecto de la comisión se dice esto; y cómo el señor ministro de Ultramar lo ha contradicho ayer? Póngase de acuerdo el Gobierno y la comisión, que no lo están en punto tan grave.

En cuanto al Sr. Cánovas, le diré que yo no parto del proyecto del Gobierno como bueno, sino que en la imposibilidad de continuar hoy la guerra, creo más aceptable que el abandono incondicional lo que propone la enmienda.

El Sr. SEGOVIA: Yo no he tratado de ridiculizar las fuerzas de los dominicanos, sino como he terminado mi discurso para no molestar á la Cámara, no he podido completar la idea; al contrario, lo que trataba de decir es que hoy ya no estaban como en 1855, puesto que eran capaces de oponerse á nuestras tropas.

El señor ministro de ESTADO: No pido más que dos minutos al Congreso, no por falta de materia, sino porque á fin de no abusar de su paciencia voy á decirle á decir que aquí se ha querido hacer ver que existía una laguna en el proyecto, y que se ha tratado de evitar con una enmienda. El proyecto tiene dos artículos: el primero, que comprende el abandono, y el segundo, que pide un voto de confianza para llevarle á cabo. El Gobierno no puede proceder en este asunto sin una gran libertad y una gran responsabilidad. ¿Quién sabe si en los momentos del abandono podremos exigir más ó menos de lo que dice la enmienda? Es imposible que aquí vayamos á hacer los tratados: según la Constitución debe hacer los tratados el Gobierno, y luego las Cortes le exigirán la responsabilidad.

El Gobierno abunda en las ideas de los señores diputados; procurará garantizar todo lo posible los intereses de los dominicanos leales, como ha garantido los de otros individuos americanos que pertenecían á las repúblicas; pero no puede aceptar una enmienda que coartaría los medios de acción. Exijanle las Cortes la responsabilidad por lo que haga, que yo estoy seguro que ha de interpretar tan bien los deseos que dominan á todos los señores diputados que no recibirá sino ó á veces cuando venga aquí á dar cuenta de su conducta.

El Sr. SILVELA: El señor ministro de Estado ha incurrido en un error material: de ningún modo coarta la enmienda la acción del Gobierno; la enmienda se refiere al art. 1.º, y luego el proyecto quedará con su art. 2.º, dentro del cual el Gobierno podrá introducir las mejoras que quiera con toda la libertad necesaria.

En cuanto á los tratados, muchos, alguno con Roma, se han hecho señalándose al Gobierno tres ó cua-

tro condiciones dentro de las cuales había de tratar, sin que el Gobierno se opusiera; y por fin algo ha conseguido ya la enmienda con la declaración que acaba de hacer el señor ministro en este momento, que no se han hecho hasta ahora más vale tarde nunca.

El señor ministro de ESTADO: La enmienda del Sr. Silvela no ha conseguido nada, porque las declaraciones que el Gobierno ha dado hoy, ya las había dado antes.

En cuanto á los leales de Santo Domingo, el Gobierno venía que atendió á todos los intereses españoles que haya allí, como ha atendido recientemente á los que tenían en el Perú.

El señor ministro de Ultramar no se ha puesto en contradicción con la comisión. S. S. discurren ayer en el supuesto de que algunos dominicanos abandonarían su patria, y á estos decía que no había remedio, que era imposible darles patria más adoptiva.

En seguida se puso á votación la enmienda; y verificándose esta nominalmente, fué desechada por 154 votos contra 74 en esta forma:

Señores que dijeron no: Chacon (D. Rafael).—Moraza.—Benavides (D. Antonio).—González Brabo.—Silvia.—Belda.—Arbeche.—Orovio.—Fabié.—Alzugaray.—Polo.—Quintana.—Segovia (D. Antonio María).—Nacario Brabo.—Amblard.—Marques de la Encarnación.—Conde de Cumbres Altas.—Sanchez Ocaña (D. Manuel).—Ribó.—Ruta.—Carmas.—Jove y Heria.—Retortillo.—Ródenas.—Mota.—Barona.—Manresa.—Conde de Vista Hermosa.—Saavedra (D. Gonzalo).—Echevarría y Fuentes.—Marques de San Carlos.—Marques de Villamejor.—Cavero.—Marfori.—Saenz de Liera.—Valero y Soto.—Teresa y Amorós.—Vera.—Lora.—Bremón.—Gómez González.—Marques de Villamediana.—Eguizabal.—Baron de Alcalá.—Vassallo.—Peyronet.—Fañés.—Mendez Alvaro.—Muñoz.—Rivas.—Alonso Martínez.—Vizconde de Almería.—Terres.—Marques de las Torres.—Baron de Cortés.—Moras.—Molano.—Silva.—Ruiz Tagle.—Freuiller.—Mayo de la Fuente.—Jimeno.—Botella.—Bañuelos.—Brunet.—Guillen.—Hereda y Livermore.—Martinez Vilabaila.—Portny.—Más y Abad.—Clavijo.—González Clezar.—García Castañeda.—Chacon (don Guillermo).—Conde de Aqueña.—Ferrer de la Torre.—Hernández de la Rúa.—Conde de Torrejon.—Paz.—Albarreda.—Duque de Frías.—Coglea.—Conde de Heredia Spínola.—Bellido.—Breton.—Moreno (D. Manuel María).—Aynat y Funes.—Marques de San Isidro.—Marques de Aranda.—Caballero.—Dorado.—Lorenzana (D. Rafael).—Gual de Torella.—Morenos.—Marques de Premio Real.—Herraz.—Miranda.—Ramirez de Arellano.—Saez de Puga.—Rodríguez (D. Bernardo).—Alvarez Quiñones.—Ossorno.—Verelera.—García Birzanalana (don José).—Segovia (D. Gonzalo).—Panchon y Macías.—Lafora.—Gendrea.—Concha Castañeda.—Lanuza.—Escrita.—Ruiz Ibarra.—Claros.—Baron de las Cuatro Torres.—Gibert.—Alvarez (D. Angel Juan).—Lopez Serrano.—Conde de Retamosa.—Fontán (don Juan Francisco).—Sanchez de Palencia.—Sosa.—Conde de San Luis.—Fontán y Crespo.—Ochoa.—Fernandez Espino.—Navarro.—Gómez Inganzu.—Vizconde de Revilla.—Sanjurjo.—Batanero.—Santiago y Hoppe.—Sanchez Ocaña (D. Antonio).—Marques de la Marcell.—Thous.—Valero y Algora.—Marques de Someruelos.—Bayo.—Diaz Perez.—Lopez Borrego.—Aguado.—Torre Rauri.—Alvarado.—Rodriguez Guerra.—Fuentes de la Plaza.—Riversa.—Martinez Gurra.—Praty Miralles.—Gonzalez Regueal.—Ruiz de Quedo.—Cápu.—Corona.—Bertran de Lis.—Berriz.—Señor presidente.

Total, 154. Señores que dijeron sí: Modet.—Marques de Figueroa.—Casaneuva.—Campanor.—Alvarez de Lorenzana.—Gavin.—Camacho.—Lopez Roberts.—Bernal.—Posada Herrera.—Lopez Ballesteros.—Torre (D. Luis María de

icanos
ciert
gasad
ago
in por
se an
s que
ienda.
es por
por los
espues
de de
en la
guerra
sino
odera
ido á
un año
que
nue
igual
le ha
erse la
extre
España
el in
o mpo
sion que
en el
dos en
todos
á Pu
nico de
fué de
la ún
los del
no. Sia
varie
o sólo
es pre
yo me
comi
s; con
sura á
ivado
de los
señor
santia
doteja
dicia á
or mi
omini
alecer
dierno
trie, al
faltaba
mision;
yo no
sino
rante
er una
menos
i, y o
ido lo
no sa
no de
diendo
s para
nos los
i y de
rie el
que se
o, que

que su Dios es un Dios real, un ser vivo, una persona en fin. Atribu-

yento á Dios la realidad, la teología cristiana ha levantado una monu-
menta «de contradicciones y dificultades que no han podido salvar ni el
genio de Platón, ni la sutileza de Malebranche, ni la lógica de Leib-
nitz, ni la elocuencia de Bossuet. El Dios de la teología, Dios real,
Dios vivo, Dios personal, es el Dios de la imaginación, el Dios del sen-
timiento, el Dios de la conciencia, es el Dios de la poesía, del arte, del
amor; pero no es el Dios que la razón descubre, y que la verdadera
filosofía ha conseguido desprender al presente de esas formas gres-
cosas con que han revestido los pueblos al ser infinitamente perfectos;
este Dios, en una palabra, no es el verdadero Dios; no es más que un
falso, ó de donde resulta que todos nosotros que adoramos este Dios
no somos sino idolátricos; y que nosotros, constantes adversarios de todo
ateísmo, somos precisamente los ateos. Así lo ha decretado la metafísica
y la ciencia de los pensadores de que hablo, los cuales afirman bajo su
palabra no ser ni ateos ni pantheístas.

Vamos, ahora como esta profunda metafísica que tiene por un vano
idolo á nuestro Dios y califica de verdadero ateísmo nuestra creencia,
construye su Dios nuevo, y cual es el procedimiento titulado científico
de que se sirve para llegar á descubrir una divinidad que hasta ahora
nadie había conocido, y que de seguro nadie la adoraba jamás. Redo-
blad, señores, vuestra atención, que la cosa merece ser oída y rayá en
lo prodigioso. Procuraré ser claro.

Esta filosofía, que se inicia modestamente la metafísica y la
ciencia, profesa un horror profundo á la grosera doctrina del pantheis-
mo, y sin embargo, parte del punto generador de todo verdadero pan-
theísmo, á saber: que Dios y el mundo no son dos cosas, sino una mis-
ma cosa; que no hay dos sustancias, sino una sola; y esto no lo tiene
solamente por una conclusión evidente, sino como un punto de partida,
como un axioma.

Pero entonces, pregunta aquí el buen sentido, ¿cómo te libras, oh
metafísica mágica, de caer en el abismo del pantheísmo, ante el cual
retrocades llena de espanto? Nada más sencillo, responde, ante el cual
distinción, una distinción, repito, que os hará ver claramente la línea
cierta y profunda que separa á Dios de su idolo y á los ateos de los
verdaderos adoradores.

Ved aquí la distinción que resume la teoría y resuelve el difícil
problema de la relación entre Dios y el mundo. Dios y el mundo son
idénticos, ¿sí ó no? Distingo, contestas tústrá ingeniosos metafísicos; sus-

mas se vió defender esta idea que guía al mundo y alumbra con res-

plandor la ruta de la humanidad con una ciencia más cierta, más soli-
da, más activa, un ardor más perseverante, una ternura más delicada,
más sincera.

Esta idea, no lo ignoro, en cuanto la alcanza la razón, la han defen-
dido los filósofos, y la defendían todavía con nosotros. Pero también es
evidente que si la filosofía, aun la más excelente, se hubiera visto sola
para mantener en su pureza é integridad la idea de Dios en el seno de
la humanidad, mucho tiempo há que esta idea se hubiera oscurecido y
acaso borrado del todo. Habría brillado por un momento en nuestro fir-
mamento filosófico por la luz de algún raro genio, como sucedió en el de
la antigua Grecia por los astros que se llaman Sócrates, Aristóteles y
Platón; pero muy pronto hubiera desaparecido de nuestro horizonte en-
vuelta en la densa nube de esas filosofías tenebrosas que se suceden pe-
ródicamente para ocultar á las perturbadas miradas de las inteligencias
la claridad de su sol. Hoy mismo estamos viendo con nuestros
ojos una prueba tristemente solemne de esta verdad.

En efecto, ¿qué hacen en realidad todos aquellos á quienes vemos
correr en busca de dioses nuevos? Fuera de algunas diferencias máti-
ces en sus respectivas doctrinas, todos van á parar á lo mismo: á ocu-
rrecer la idea de Dios y apagar el sol que alumbra las inteligencias.
Buscan en el fondo de las doctrinas que inventan, probad á recono-
cer en su lengua especial al Dios que ha impreso su huella en lo
más íntimo de vuestra alma é ilumina vuestra vida con la claridad de
su rostro; ¿lo reconocéis por ventura? El Dios que inventan, ¿es el
Dios de nuestro Catecismo, el Dios de los más grandes filósofos y teólo-
gos del mundo? ¿Es el Dios de San Pablo y de San Agustín? ¿El Dios de
San Anselmo, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino? ¿El Dios de
Fenelon y de Bossuet? ¿Es siquiera el Dios de Descartes, de Leibnitz,
de Clarke, de Kepler, de Copérnico y de Newton?... ¡Ah! no; el Dios que
dejan á mi adoración defraudada, el Dios cuyo simulacro me muestran
en la cima de la naturaleza, á través del sinuoso resplandor de una luz
moribunda, si intento espiérrmelo no encuentro definición que me convierta el
cadáver del hombre: «no sé qué, que no tiene nombre en ninguna
lengua.» Dios, me dice uno, es la naturaleza universal, la totalidad de
los seres que componen el universo. Dios, me dice otro, es el infinito Es-
píritu-materia, contenido en sí la realidad de todo sér. Dios, me dice
un tercero, es lo absoluto indeterminado, que se desmenuza de la nada

que su Dios es un Dios real, un ser vivo, una persona en fin. Atribu-

yento á Dios la realidad, la teología cristiana ha levantado una monu-
menta «de contradicciones y dificultades que no han podido salvar ni el
genio de Platón, ni la sutileza de Malebranche, ni la lógica de Leib-
nitz, ni la elocuencia de Bossuet. El Dios de la teología, Dios real,
Dios vivo, Dios personal, es el Dios de la imaginación, el Dios del sen-
timiento, el Dios de la conciencia, es el Dios de la poesía, del arte, del
amor; pero no es el Dios que la razón descubre, y que la verdadera
filosofía ha conseguido desprender al presente de esas formas gres-
cosas con que han revestido los pueblos al ser infinitamente perfectos;
este Dios, en una palabra, no es el verdadero Dios; no es más que un
falso, ó de donde resulta que todos nosotros que adoramos este Dios
no somos sino idolátricos; y que nosotros, constantes adversarios de todo
ateísmo, somos precisamente los ateos. Así lo ha decretado la metafísica
y la ciencia de los pensadores de que hablo, los cuales afirman bajo su
palabra no ser ni ateos ni pantheístas.

Vamos, ahora como esta profunda metafísica que tiene por un vano
idolo á nuestro Dios y califica de verdadero ateísmo nuestra creencia,
construye su Dios nuevo, y cual es el procedimiento titulado científico
de que se sirve para llegar á descubrir una divinidad que hasta ahora
nadie había conocido, y que de seguro nadie la adoraba jamás. Redo-
blad, señores, vuestra atención, que la cosa merece ser oída y rayá en
lo prodigioso. Procuraré ser claro.

Esta filosofía, que se inicia modestamente la metafísica y la
ciencia, profesa un horror profundo á la grosera doctrina del pantheis-
mo, y sin embargo, parte del punto generador de todo verdadero pan-
theísmo, á saber: que Dios y el mundo no son dos cosas, sino una mis-
ma cosa; que no hay dos sustancias, sino una sola; y esto no lo tiene
solamente por una conclusión evidente, sino como un punto de partida,
como un axioma.

Pero entonces, pregunta aquí el buen sentido, ¿cómo te libras, oh
metafísica mágica, de caer en el abismo del pantheísmo, ante el cual
retrocades llena de espanto? Nada más sencillo, responde, ante el cual
distinción, una distinción, repito, que os hará ver claramente la línea
cierta y profunda que separa á Dios de su idolo y á los ateos de los
verdaderos adoradores.

Ved aquí la distinción que resume la teoría y resuelve el difícil
problema de la relación entre Dios y el mundo. Dios y el mundo son
idénticos, ¿sí ó no? Distingo, contestas tústrá ingeniosos metafísicos; sus-

mas se vió defender esta idea que guía al mundo y alumbra con res-

plandor la ruta de la humanidad con una ciencia más cierta, más soli-
da, más activa, un ardor más perseverante, una ternura más delicada,
más sincera.

Esta idea, no lo ignoro, en cuanto la alcanza la razón, la han defen-
dido los filósofos, y la defendían todavía con nosotros. Pero también es
evidente que si la filosofía, aun la más excelente, se hubiera visto sola
para mantener en su pureza é integridad la idea de Dios en el seno de
la humanidad, mucho tiempo há que esta idea se hubiera oscurecido y
acaso borrado del todo. Habría brillado por un momento en nuestro fir-
mamento filosófico por la luz de algún raro genio, como sucedió en el de
la antigua Grecia por los astros que se llaman Sócrates, Aristóteles y
Platón; pero muy pronto hubiera desaparecido de nuestro horizonte en-
vuelta en la densa nube de esas filosofías tenebrosas que se suceden pe-
ródicamente para ocultar á las perturbadas miradas de las inteligencias
la claridad de su sol. Hoy mismo estamos viendo con nuestros
ojos una prueba tristemente solemne de esta verdad.

En efecto, ¿qué hacen en realidad todos aquellos á quienes vemos
correr en busca de dioses nuevos? Fuera de algunas diferencias máti-
ces en sus respectivas doctrinas, todos van á parar á lo mismo: á ocu-
rrecer la idea de Dios y apagar el sol que alumbra las inteligencias.
Buscan en el fondo de las doctrinas que inventan, probad á recono-
cer en su lengua especial al Dios que ha impreso su huella en lo
más íntimo de vuestra alma é ilumina vuestra vida con la claridad de
su rostro; ¿lo reconocéis por ventura? El Dios que inventan, ¿es el
Dios de nuestro Catecismo, el Dios de los más grandes filósofos y teólo-
gos del mundo? ¿Es el Dios de San Pablo y de San Agustín? ¿El Dios de
San Anselmo, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino? ¿El Dios de
Fenelon y de Bossuet? ¿Es siquiera el Dios de Descartes, de Leibnitz,
de Clarke, de Kepler, de Copérnico y de Newton?... ¡Ah! no; el Dios que
dejan á mi adoración defraudada, el Dios cuyo simulacro me muestran
en la cima de la naturaleza, á través del sinuoso resplandor de una luz
moribunda, si intento espiérrmelo no encuentro definición que me convierta el
cadáver del hombre: «no sé qué, que no tiene nombre en ninguna
lengua.» Dios, me dice uno, es la naturaleza universal, la totalidad de
los seres que componen el universo. Dios, me dice otro, es el infinito Es-
píritu-materia, contenido en sí la realidad de todo sér. Dios, me dice
un tercero, es lo absoluto indeterminado, que se desmenuza de la nada

que su Dios es un Dios real, un ser vivo, una persona en fin. Atribu-

yento á Dios la realidad, la teología cristiana ha levantado una monu-
menta «de contradicciones y dificultades que no han podido salvar ni el
genio de Platón, ni la sutileza de Malebranche, ni la lógica de Leib-
nitz, ni la elocuencia de Bossuet. El Dios de la teología, Dios real,
Dios vivo, Dios personal, es el Dios de la imaginación, el Dios del sen-
timiento, el Dios de la conciencia, es el Dios de la poesía, del arte, del
amor; pero no es el Dios que la razón descubre, y que la verdadera
filosofía ha conseguido desprender al presente de esas formas gres-
cosas con que han revestido los pueblos al ser infinitamente perfectos;
este Dios, en una palabra, no es el verdadero Dios; no es más que un
falso, ó de donde resulta que todos nosotros que adoramos este Dios
no somos sino idolátricos; y que nosotros, constantes adversarios de todo
ateísmo, somos precisamente los ateos. Así lo ha decretado la metafísica
y la ciencia de los pensadores de que hablo, los cuales afirman bajo su
palabra no ser ni ateos ni pantheístas.

Vamos, ahora como esta profunda metafísica que tiene por un vano
idolo á nuestro Dios y califica de verdadero ateísmo nuestra creencia,
construye su Dios nuevo, y cual es el procedimiento titulado científico
de que se sirve para llegar á descubrir una divinidad que hasta ahora
nadie había conocido, y que de seguro nadie la adoraba jamás. Redo-
blad, señores, vuestra atención, que la cosa merece ser oída y rayá en
lo prodigioso. Procuraré ser claro.

Esta filosofía, que se inicia modestamente la metafísica y la
ciencia, profesa un horror profundo á la grosera doctrina del pantheis-
mo, y sin embargo, parte del punto generador de todo verdadero pan-
theísmo, á saber: que Dios y el mundo no son dos cosas, sino una mis-
ma cosa; que no hay dos sustancias, sino una sola; y esto no lo tiene
solamente por una conclusión evidente, sino como un punto de partida,
como un axioma.

Pero entonces, pregunta aquí el buen sentido, ¿cómo te libras, oh
metafísica mágica, de caer en el abismo del pantheísmo, ante el cual
retrocades llena de espanto? Nada más sencillo, responde, ante el cual
distinción, una distinción, repito, que os hará ver claramente la línea
cierta y profunda que separa á Dios de su idolo y á los ateos de los
verdaderos adoradores.

Ved aquí la distinción que resume la teoría y resuelve el difícil
problema de la relación entre Dios y el mundo. Dios y el mundo son
idénticos, ¿sí ó no? Distingo, contestas tústrá ingeniosos metafísicos; sus-

